

## DOMANDO CABALLOS

Por Jaime Jaramillo Vallejo, Ph.D.

*“Un buen domador oye a su caballo hablar. Un gran domador lo oye susurrar.”  
Monty Roberts*

Hace unos tres o cuatro años cayó en mis manos un libro sobre el comportamiento de los caballos. Era un “documento” bastante científico y estructurado, en el cual una psicóloga americana, la Dra. Sue McDonell de la Universidad de Pennsylvania, hacía un análisis sobre los patrones exhibidos por los caballos en las distintas situaciones. Hacia la mitad del libro, me llamó la atención el tono utilizado al hablar sobre los “susurradores de caballos”. Decía la autora que en realidad no había magia o algo extraordinario en lo que hacían porque simplemente eran personas que estaban dispuestas a trabajar con caballos-problema y, en particular, con caballos que habían sido abusados. Y hablaba de un tal Monty Roberts, como ejemplo de los tales susurradores.

Unos pocos meses después me encontré un libro por el tal Monty Roberts y me llamó la atención una cosa: el título era “El Hombre que Escucha a los Caballos”. Nada más y nada menos que lo contrario del “susurro” que parecía sugerir el texto de la Dra. McDonell. En la contraportada había una pequeña nota donde hacían referencia al lenguaje “*equus*” y sobre la utilización del mismo al interrelacionarse con los caballos. Mencionaba que era posible comprender los mensajes que tratan de decirnos los equinos. Todo un rollo que bien merecía el trabajo de sentarse a leer el libro aquel, para ver qué era lo que decía el tal Monty Roberts y por qué era que la científica tenía esa actitud casi distante con relación a él. Esa era, además, la oportunidad para aprender un poco más sobre los queridos caballos, así pensara en ese momento que ese conocimiento quizás no me fuera a resultar tan útil.

El libro fue fácil de devorar. Entre otras cosas porque había muchos elementos de identificación con el autor y su paradigma. La más notable de todas las coincidencias era el repudio hacia la violencia que se ejerce en los sistemas “tradicionales” de doma. Y lo pongo entre comillas, porque, después de mucho andar, indagar y preguntar, no estoy tan seguro que la violencia que vemos hoy haya estado ahí siempre. Entre otras cosas, porque investigaciones posteriores me llevaron a conocer la Padre de los Susurradores, el gran Jenofonte. Un escritor, filósofo y político griego de hace unos dos mil quinientos años, discípulo del eximio filósofo Sócrates y, así como nosotros, gomoso del caballo. Además y, para gran sorpresa mía, todo un “pacifista equino”.

En el caso de Monty Roberts, su repudio hacia la violencia venía de haber sido él mismo víctima de ella. Desde niño había visto cómo su padre torturaba a los caballos, dejándolos amarrados a un botalón por horas seguidas, o atándolos con toda suerte de amarradijos con lazos, sogas, cadenas o hebillas. Su padre, de paso, era toda una autoridad sobre el método tradicional de doma usado en California: el libro escrito por él

se utilizó hasta hace relativamente poco como texto universitario en los cursos sobre doma equina en las carreras de veterinaria y zootecnia en la mayoría de las universidades del oeste americano. En realidad el libro era a la doma americana lo que Raúl Estrada es para la doma criolla, pero, y esta aclaración es muy importante, sin la finura de Estrada y con una alta dosis de la violencia del Lejano Oeste que ciertamente no se encuentra en Estrada.

Monty Roberts tuvo una ventaja en su vida. Su abuela materna, una india Cherokee, mandaba al nieto a pasar temporadas donde sus parientes. Monty utilizó esas oportunidades para aprender el método de los Cherokees para domar caballos y, más importante aun, para pasarse días enteros observando el comportamiento de las manadas salvajes de caballos que vagaban por los parques del oeste americano. Al principio, le debió sorprender ver a sus primos entrar los caballos de cabestro a un río o un lago para comenzarlos dentro del agua. Nada de violencia. En el agua, el caballo aprendía, por su propia experiencia e interiorizando la lección, que no podía safarse el jinete corcoveando. Como no había sentido el impacto de la violencia, no quedaba con resentimiento hacia el jinete y sus congéneres. Una observación simple, pero que le abrió la mente a Monty para tratar de entender mejor el comportamiento equino y la doma.

De este libro fascinante, mi curiosidad personal me llevo a tratar de conocer al personaje. Rápidamente encontré la manera de ir a “Flag Is Up”, la finca de Monty en Solvang, California, y de entrar a aprender algo sobre caballos en el Monty Roberts International Learning Center. El tiempo que pasé allí, el que he tenido en los demás contactos con ellos y el que pienso pasar en mis futuros entrenamientos, se han convertido en una experiencia personal inigualable. No es una persona ni una amistad lo que me atrae. Es todo un equipo y sus métodos de trabajo y estudio. Todos ellos profundamente comprometidos con la idea de cambiar el mundo para que sea un lugar mejor para que vivamos los humanos y los caballos. Todos ellos decididos a aprender cada día más y a avanzar en el conocimiento de los ejemplares. Anna Twinney, una de mis tutoras, acaba de pasar varios meses en Australia, estudiando el comportamiento de las manadas salvajes de caballos. Porque cuando uno observa para aprender, aprende más de lo que es posible imaginarse. Así lo debió hacer Jenofonte. Así lo hicieron quienes diseñaron el sistema de doma de la Escuela Española en Viena. Y así lo debemos seguir haciendo nosotros.

Una curiosa casualidad también ocurrió de Solvang. Tuve como compañera de curso a una dama que administraba el refugio de caballos abandonados del Estado de Colorado. Ella me comentó que, tristemente, son los caballos paso finos de los que más abandonan y que la razón para ello es porque le resultan demasiado indómitos y rabiosos a los propietarios. Estos, enfrentados a un animal que tan solo puede montar un montador profesional, optan por dejarlos “libres”, abandonándolos a su suerte. Les frustra haber comprado un “Rolls Royce” para montar y no poder hacerlo. Les molesta, además, tener que gastar tanto manteniendo un caballo con montador en Estados Unidos.

La pregunta que me vino a mi mente era si eso necesariamente tenía que ser así: que los paso finos fueran rabiosos, malgeniados y mal portados. Hoy, después de haber usado

los métodos de Monty con un montón de paso finos, sé con certeza que esto no es así. Los paso finos son unos caballos muy nobles y, a pesar de su brío, pueden ser montados tranquilamente por cualquiera que los trate bien. Son realmente encantadores y en nada difieren de otros caballos de sangre caliente, como los árabes. Lo que sí ocurre, es que nuestro sistema tradicional de doma, tal y como se aplica en la mayoría de los casos, le daña el comportamiento a los animales y, de paso, a buena parte de los domadores. A manera de ejemplo, resulta deprimente ver como la gran mayoría de nuestros caballos, comenzando por el gran Resorte III, exhiben los callos y las cicatrices que producen las fracturas en la trompa por cuenta de la violencia usada con nuestros bozales de doma.

Por pura devoción y por aprender cada vez más sobre nuestros caballos, he dedicado mucho trabajo a tratar de recuperar animales “problema”. Es decir, aquellos tapanitos que los domadores o montadores o chalanos tuvieron a bien convertir en indómitas fieras. En la mayoría de los casos el progreso ha sido notorio y relativamente fácil. En otros he tenido que llamar a Solvang para que me den sugerencias. Pero en todos los casos he tenido que invertir una alta dosis de paciencia, cariño, tiempo e inteligencia. Y la pregunta que siempre me hago es: si me hubieran contratado para enseñarle a este animalito a cabecear así, corcovear así, rancharse así, o lo que sea así, ¿cómo diablos hubiera hecho yo para enseñarle un comportamiento tan complicado? Es innegable que los caballos no aprenden esas cosas complejas por sí mismos, sino que, más bien, siempre hay alguien que se encarga de servirles de maestro. Eso sí, son excelentes discípulos y muy rápidamente aprenden bien sea a portarse bien o a portarse mal.

Tengo, además, la sospecha que nuestro sistema de doma, manejo y monta de los caballos tiene que ver mucho con este triste resultado de indocilidad e imposibilidad de monta. Nuestros abuelos no hubieran podido hacer la colonización de buena parte del país montados en animales indómitos. Ni lo hubieran permitido. Tampoco hubieran podido nuestros choznos conquistar nuestras selvas y planicies montados, con armadura y todo, en animales corcoveadores. No hubieran podido pasar de la Costa, si es que se hubieran podido montar con las cacerolas en la cabeza y otro montón de latas con la sonoridad de una matraca. El caballo criollo colombiano y muy especialmente el paso fino, fue un animal criado para poder recorrer largas distancias con la mayor comodidad, para entrar en batallas montados en él, y para manejar el ganado. Ninguna de estas funciones podrían cumplirla los animales de oreja acostada que tanto vemos en nuestras pistas.

Quizás las condiciones se están dando para que cambiemos nuestro enfoque en la doma, el manejo y la monta. Franz Mairinger, *Bereiter* (Montador Mayor) de la Escuela Española en Viena durante más de una docena de años y padre de los equipos australianos campeones olímpicos, define estos temas en una forma muy simple. Dice él:

“Si quiere saber cómo debe montarse el caballo, observe cómo se mueve él cuando está libre. Cómo camina, trotta y galopa. Cómo salta. Obsérvelo con cuidado y note la belleza, el ritmo y la armonía de sus movimientos. Después, siéntese, cierre sus ojos y trate de imprimir esa imagen de gracia sin esfuerzo, belleza y armonía profundamente en su mente y su corazón. Nunca la olvide. Porque esa es la manera como debe montar el caballo. Este es, en pocas palabras, todo el conocimiento del mundo sobre este tema y su objetivo como domador. Preserve sus pasos naturales. Preserve su personalidad. Preserve su instinto de avanzar hacia adelante. Haga todo esto y deberá ser exitoso porque ¡usted estará respetando la sabiduría de la naturaleza! Devuélvale su balance natural, con su peso adicional en el lomo. Esa es la esencia de la doma, el entrenamiento o el *dressage*, como el resto del mundo prefiere llamarlo.”

La violencia no surgió gratuitamente en la doma. Fue la respuesta de los impacientes a la complejidad del proceso, o la vía de imposición de los megalómanos. Lo mismo que las guerras han sido la respuesta cuando los diálogos se tornan difíciles o imposibles, o cuando a alguien se le mete en la cabeza imponérsele a toda la humanidad contra viento y marea. En el fondo de la relación entre el

## JENOFONTE

Hace unos 2430 años nació en Atenas un muchachito en una de las familias notables, al cual le pusieron por nombre **JENOFONTE**. Como buen hijo de notables, prestó su servicio militar en la caballería ateniense y se educó con el gran filósofo Sócrates. Sirvió como mercenario con Ciro, el Emperador Persa, comandando una fuerza élite de caballería compuesta por atenienses. Dedicó sus años maduros a escribir sobre toda clase de temas, descollando como erudito en temas políticos y filosóficos, antes de morir en Ática hacia el año 350 antes de Cristo. Curiosamente, entre las obras que nos han llegado se encuentra *PERI HIPPIKES*, que en buen romance se puede traducir como “*Del Arte Ecuestre*”. Ciertamente no fue el primero en escribir sobre el tema, porque él mismo comienza su obra hablando de otra obra similar pero anterior escrita por un tal Simón. Pero sí es con seguridad la obra más antigua que conocemos sobre nuestros queridos caballos.

Una característica muy interesante de la obra de Jenofonte es su pacifismo al definir la relación con los caballos. Tiene otros muchos apuntes interesantes, que hoy son secretos bien guardados en ciertos criaderos, como la recomendación de humedecer con agua las crines y las colas al peinarlas para que sean más frondosas y brillantes. O como la conveniencia de utilizar el 8 para mejorar la rienda de los potros. Pero, en materia de adiestramiento, Jenofonte escribió líneas que bien podrían haber sido escritas hace unas pocas décadas por un pacifista consagrado como, por ejemplo, Monty Roberts. A manera de ejemplo y con una traducción no muy purista:

- “La mejor enseñanza y la mejor costumbre que puedo darles es que jamás traten a un caballo cuando sientan rabia. La rabia oscurece el pensamiento y casi siempre resulta en decisiones que después tenemos que lamentar.”
- “El jinete se sienta debidamente sobre el caballo cuando lo hace erguido, como si estuviera parado con las piernas abiertas. Así puede sostenerse mejor sobre el caballo, monta con un mejor contacto [...]. Desde la rodilla hacia abajo debe dejar caer la pierna sin tensión. [...] El jinete debe también acostumbrar su cuerpo por encima de la cadera a ser tan flexible como sea posible.”
- “Una vez montado, el jinete debe acostumbrar su caballo a permanecer quieto hasta que se haya organizado su vestido y tomado las riendas para que sean del mismo largo. [...] Después el jinete debe darle al caballo la orden de moverse hacia delante. Debe comenzar caminando, porque esta es la forma más calmada de moverse.”
- “Los dioses le dieron a los humanos la palabra para que se educaran los unos a los otros, pero es evidente que uno no puede entrenar a los caballos con la palabra. Pero cuando uno premia el caballo cada vez que hace algo que queremos que haga [...] entonces aprenderá rápido su lección. Es fácil decir esto en unas pocas palabras, pero la verdad es que resume todo el arte ecuestre. Porque es más probable que el caballo acepte el freno cuando se premia.”

“Pienso que la mejor manera de adiestrar y enseñar es darle reposo al caballo cuando ha realizado el ejercicio de acuerdo con lo que quería el jinete. Porque, como dijo Simón, el caballo no entiende lo que se le oblique a hacer por las malas. [...] Porque los caballos, como los hombres, muy probablemente reaccionan mal ante el maltrato. Lo que necesitamos es que el caballo haga el ejercicio que queremos por su propia voluntad cuando reciba la señal, y lo haga presentándose en la forma más bella y magnífica posible.”

jinete y su caballo hay un gran conflicto que es necesario resolver. La violencia es una vía. Pero no es la única y, ciertamente, es la peor. Porque la violencia, así no seamos concientes de estarla aplicando, crea brechas en las relaciones que cada vez se vuelven más difíciles de zanjar.

La otra vía para resolver el conflicto que implica domar un caballo, donde nosotros queremos dominarlo para usarlo y el taparito simplemente quiere ser libre para crecer y multiplicarse, supone un acto de humildad de nuestra parte y una disposición para escuchar y comprender al caballo. Porque humildad no es sinónimo de debilidad, así como firmeza no es sinónimo de arrogancia. Y porque, como dice el proverbio chino, *se equivoca más quien habla y aprende más quien escucha*. Por eso prefiero que sean las palabras del mismo Monty Roberts las sintetizen esta primera lección con relación al proceso de doma. Dice él:

“Yo no le hablo a los caballos. Yo los escucho y, precisamente a través de escucharlos, ellos me escuchan a mí. Pero la conversación siempre comienza del lado de ellos—yo los tengo que escuchar antes de que ellos me escuchan. Todo lo que yo busco hacer es crear un ambiente en el cual ellos puedan aprender, donde, en vez de empujarles el conocimiento a ellos, yo pueda simplemente dar un paso atrás, ser el espectador, verlos aprender y maravillarme de cómo han sido capaces de enseñarme su lenguaje.”

Esta es pues la primera lección de esta serie que publicaremos por entregas en las próximas ediciones de la revista de Fedequinas. El propósito es analizar los temas centrales de la doma y explicar métodos que pueden utilizarse en la doma de los caballos finos. Hablo de métodos en general, porque en realidad existen muchas maneras de hacerlo que a la postre llevan a un resultado general aceptable. A cada uno de nosotros corresponde escoger el que creemos que podemos aplicar mejor, pero siempre respetando los conceptos fundamentales aquí discutidos. Porque no se trata de crear un nuevo recetario para el mercado, donde les demos una fórmula mágica para hacer una doma en tiempo récord. Esa actitud fue la que precisamente acabó con la reputación de la doma criolla tradicional, porque ésta dejó de funcionar cuando quienes la aplicaban se sabían una receta de memoria pero ignoraban profundamente las razones por las cuales debían hacer lo que se les recomendaba. Y, como cada caballo es un caso aparte, con un temperamento y unas aptitudes completamente diferentes, nadie puede en realidad recomendar que se le haga el mismo detallito a cada taparito. Con paciencia, tranquilidad, humildad e inteligencia, estoy seguro de que acabaremos haciendo de este mundo un lugar mucho mejor y más agradable para nuestros caballos y nuestros congéneres.